DESMENTIDA

Niegan que Videla planee hacer giras por las librerías para firmar ejemplares del "Nunca Más"



Primicia Exclusiva

LOS REYES EXISTEN




Sátira/12
el desperdicio
Sábado 5 de enero de 1991
Nº 170

AFP

Juan Carlos 1º, Isabel 2º de Inglaterra y "O Rei" Pelé confirman nuestra primicia.

INDULTO A FIRMENICH

Dicen sus críticos: "Fue al Pepe"

OPINION

Por el Prof. Sócrates Mosqueto

Cómo hablarle a su hijo

La festividad de los Reyes Magos, acaso más que ninguna otra, nos plantea la cuestión de cómo dirigirnos a las frágiles almas infantiles, sin dañarlas con verdades que las decepcionarían, permitiéndonos el suave engaño que genera la ilusión pero sin caer en la mentira que sólo engendrará desconfianza y rebeldía. Por ejemplo, usted se ha gastado en una bataclana la plata del regalo de Reyes: ¿cómo hablarle a su hijo?

Lo primero es no culparlo ni denigrarlo. No decirle cosas como: "Este año los Reyes no van a traerte nada porque te portaste mal, no cumpliste con tus obligaciones, y al final se dieron cuenta de que sos una basura". Tampoco decirle: "Como he tomado conocimiento de que en realidad no sos mi hijo, este año los Reyes pasarán por la casa de tu verdadero padre, que nadie sabe quién es". Menos aun deberá usted amenazar al pequeño con una paliza o dársela efectivamente. Usted deberá comunicarse con él de la siguiente manera:

"Hijo querido, que esta festividad sea el motivo para decirte una vez más que sos un pibe maravilloso..."

En este punto convendrá una pausa, que se prolongará hasta que la emoción humedezca los ojos de su hijo. Entonces usted continuará:

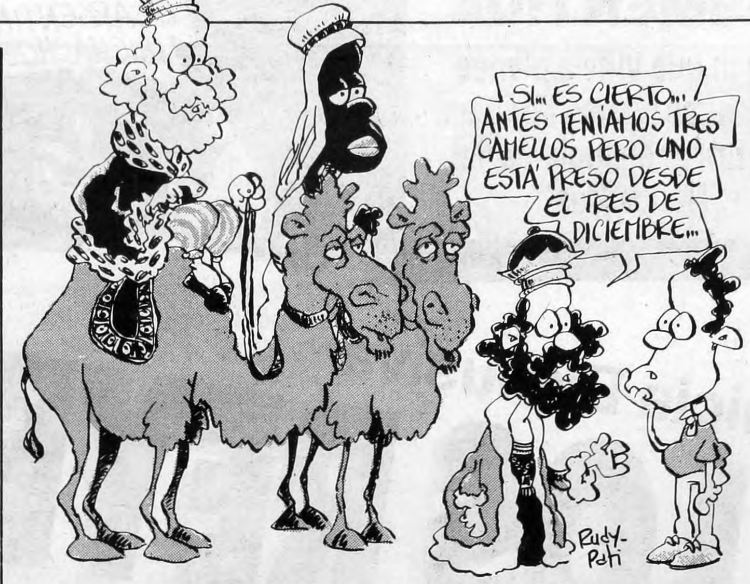
"...Te has portado muy bien todo este año, y porque conozco tu entereza, tu madurez y tu capacidad de sacrificio, confío en vos al pedirte un esfuerzo más."

Usted completará su alocución explicándole que la familia está pasando por momentos muy duros: ¿acaso él no ha visto llorar a su madre? Cada uno, desde su lugar, se está sacrificando, y ese sacrificio compartido les permitirá salir adelante.

Tal vez usted objete mi propuesta: ¿qué pasa si, mientras usted habla, el chico lo interrumpe y no lo deja terminar? Esta objeción revela que usted, pese a ser un lector maravilloso, no me ha seguido cuidadosamente: en ningún momento dije que usted deba presentarse personalmente ante su hijo. En realidad, usted deberá grabar su alocución en video y metérsela en el televisor: el niño valorará especialmente que el televisor reciba la presencia de la figura paternal; y, por supuesto, sería tonto ponerse a discutir con la tele.

De todos modos, usted sabe que no será suficiente con que los Reyes no vengan este año. Por el motivo antedicho, usted se ha metido en deudas, y lo mejor será vender los juguetes que los Reyes traían a su hijo en tiempos mejores: ¿cómo hablarle a su hijo? Usted deberá explicarle que, esos juguetes, él no los administraba bien. ¡Se le rompían!, él admitirá cabizbajo. Como ya no hay plata para arreglarlos o reponerlos, lo mejor será venderlos a otro chico más cuidadoso que, como además es bueno, sin duda se los va a prestar.

Bien sé que, a esta altura, hay todavía una inquietud en su alma de padre: aun cuando el chico acepte sus argumentos, ¿no existe el riesgo de que la confianza en usted se deteriore paulatinamente y, con el tiempo, resulte afectado el vínculo paterno-filial? Pero, caramba, para algo existen los Reyes Magos: los Reyes, con sus camellos, visitan a los niños del mundo entero, y la situación internacional es tal que ellos dejan sus mejores dones en otras partes del planeta. Usted, argentino.



LOS REYES MA

Los Reyes no existen, los Reyes son Papá Noel, nos informaron en la redacción de *Página/12*, ni bien la gente de Sátira propuso este tema. De todas maneras, decidimos seguir nuestra estrella que no nos llevó a Belén porque no teníamos los 100 dólares para pagar el impuesto al argentino, (que lo hay, a pesar de no existir). Aprovechando la des- regulación del precio Mosqueto a una máqu tamente iba a Londre a una bicicleta, Toul a plástico que pud





OPINION
Por el Prof. Sócrates Mosqueto

Cómo hablarle a su hijo

La festividad de los Reyes Magos, acaso más que ninguna otra, nos plantea la cuestión de cómo dirigirnos a las frágiles almas infantiles, sin dañarlas con verdades que las decepcionarían, permitiéndonos el suave engaño que genera la ilusión pero sin caer en la mentira que sólo engendrará desconfianza y rebeldía. Por ejemplo, usted se ha gastado en una bataclana la plata del regalo de Reyes: ¿cómo hablarle a su hijo?

Lo primero es no culparlo ni denigrarlo. No decirle cosas como: "Este año los Reyes no van a traerte nada porque te portaste mal, no cumpliste con tus obligaciones, y al final se dieron cuenta de que sos una basura". Tampoco decirle: "Como he tomado conocimiento de que en realidad no sos mi hijo, este año los Reyes pasarán por la casa de tu verdadero padre, que nadie sabe quién es". Menos aun deberá usted amenazar al pequeño con una paliza o dársela efectivamente. Usted deberá comunicarse con él de la siguiente manera:

"Hijo querido, que esta festividad sea el motivo para decirte una vez más que sos un pibe maravilloso..."

En este punto convendrá una pausa, que se prolongará hasta que la emoción humedezca los ojos de su hijo. Entonces usted continuará:

"...Te has portado muy bien todo este año, y porque conozco tu entereza, tu madurez y tu capacidad de sacrificio, confío en vos al pedirte un esfuerzo más."

Usted completará su alocución explicándole que la familia está pasando por momentos muy duros: ¿acaso él no ha visto llorar a su madre? Cada uno, desde su lugar, se está sacrificando, y ese sacrificio compartido les permitirá salir adelante.

Tal vez usted objete mi propuesta: ¿qué pasa si, mientras usted habla, el chico lo interrumpe y no lo deja terminar? Esta objeción revela que usted, pese a ser un lector maravilloso, no me ha seguido cuidadosamente: en ningún momento dije que usted deba presentarse personalmente ante su hijo. En realidad, usted deberá grabar su alocución en video y metérsela en el televisor: el niño valorará especialmente que el televisor reciba la presencia de la figura paternal; y, por supuesto, sería tonto ponerse a discutir con la tele.

De todos modos, usted sabe que no será suficiente con que los Reyes no vengan este año. Por el motivo antedicho, usted se ha metido en deudas, y lo mejor será vender los juguetes que los Reyes traían a su hijo en tiempos mejores: ¿cómo hablarle a su hijo? Usted deberá explicarle que, esos juguetes, él no los administraba bien. ¡Se le rompían!, él admitirá cabizbajo. Como ya no hay plata para arreglarlos o reponerlos, lo mejor será venderlos a otro chico más cuidadoso que, como además es bueno, sin duda se los va a prestar.

Bien sé que, a esta altura, hay todavía una inquietud en su alma de padre: aun cuando el chico acepte sus argumentos, ¿no existe el riesgo de que la confianza en usted se deteriore paulatinamente y, con el tiempo, resulte afectado el vínculo paterno-filial? Pero, caramba, para algo existen los Reyes Magos: los Reyes, con sus camellos, visitan a los niños del mundo entero, y la situación internacional es tal que ellos dejan sus mejores dones en otras partes del planeta. Usted, argentino.









LOS REYES MAGROS

Los Reyes no existen, los Reyes son Papá Noel, nos informaron en la redacción de *Página/12*, ni bien la gente de Sátira propuso este tema. De todas maneras, decidimos seguir nuestra estrella que no nos llevó a Belén porque no teníamos los 100 dólares para pagar el impuesto al argentino, (que lo hay, a pesar de no existir). Aprovechando la desregulación del precio de la nafta, Pati se subió a un camello gasolero, Mosqueto a una máquina de escribir, Guarnerio a un avión que supuestamente iba a Londres (la localidad de Catamarca, claro), Daniel Paz a una bicicleta, Toul a un burrito cordobés, y Rudy a un batimóvil de plástico que pudo arrebatarle a su hijito. Lo logramos.













OPINION
Por Lic. Rudiez

Los Reyes Gomas

En mi larga experiencia como psicoanalista he debido interpretar gran cantidad de fantasías alrededor de la existencia o no de los Reyes Magos. Desde pequeños que, sintiéndose abandonados por sus progenitores me decían que "los padres no existen, son los Reyes", adultos inmaduros que, a la hora de tener que educar a sus propios hijos les explicaban que "los Reyes no son los padres, son los abuelos", o personas que provenían del otro lado del Muro de Berlín y decían, "los Reyes ya no existen, ahora es el camarada secretario general". También entre los hijos de psicoanalistas se han desarrollado ciertos mitos, como ser la existencia de "los Reyes Imagos" que cada 6 de enero recorren Villa Freud dejando pacientes en los divancitos especialmente preparados a tal efecto, y aquellos que, al preguntarle a sus progenitores si los Reyes existen realmente o no, reciben por respuesta "¿Y a vos qué te parece?". Estos niños llegan a la adolescencia pensando que el psicoanálisis no existe, son los padres.

Y es que, he de decirlo aunque traicione mi secreto profesional, en Argentina todo el mundo cree en los Reyes. "Si no me trajeron nada, debe ser porque no les llegó mi carta, ¿viste lo mal que anda el correo?", dicen los ingenuos desilusionados, y vuelven a guardar el sapo que habían dejado preparado para que se lo traguen los camellos.

Como acabo de decir, en Argentina todo el mundo cree en los Reyes. No en Melchor, Gaspar y Baltasar, sino en los Reyes. Algunos le escriben a la trilogía "Dólar, Bónex, Tasas", otros a "San Martín, Rosas, Perón", otros a "Yrigoyen, Alfonsín,..." y los más reaccionarios a "Ejército, Marina, Fuerza Aérea". Después están los que creen sólo en el camello y se llevaron flor de chasco hace un mes, y los que siguiendo la más antigua tradición católica dicen que los Reyes serán tres, pero es uno solo, y vendrá en su Ferrari a repartir regalos, salariazos, revoluciones productivas y todos esos juguetes que se anuncian por la tele pero nunca son igual que en el aviso.

En fin, que mitos hay muchos, todos ellos producto de la ignorancia y la represión. Ya es hora de decir que los reyes son Freud, Lacan y Melanie Klein.



AGROS

de la nafta, Pati se subió a un camello gasolero, na de escribir, Guarnerio a un avión que supues- (la localidad de Catamarca, claro), Daniel Paz un burrito cordobés, y Rudy a un batimóvil de arrebatarle a su hijito. Lo logramos.

OPINION

Por Lic. Rudiez

Los Reyes Gomas

En mi larga experiencia como psicoanalista he debido interpretar gran cantidad de fantasías alrededor de la existencia o no de los Reyes Magos. Desde pequeños que, sintiéndose abandonados por sus progenitores me decían que "los padres no existen, son los Reyes", adultos inmaduros que, a la hora de tener que educar a sus propios hijos les explicaban que "los Reyes no son los padres, son los abuelos", o personas que provenían del otro lado del Muro de Berlín y decían, "los Reyes ya no existen, ahora es el camarada secretario general". También entre los hijos de psicoanalistas se han desarrollado ciertos mitos, como ser la existencia de "los Reyes Imagos" que cada 6 de enero recorren Villa Freud dejando pacientes en los divancitos especialmente preparados a tal efecto, y aquellos que, al preguntarle a sus progenitores si los Reyes existen realmente o no, reciben por respuesta "¿Y a vos qué te parece?". Estos niños llegan a la adolescencia pensando que el psicoanálisis no existe, son los padres.

Y es que, he de decirlo aunque traicione mi secreto profesional, en Argentina todo el mundo cree en los Reyes. "Si no me trajeron nada, debe ser porque no les llegó mi carta, ¿viste lo mal que anda el correo?", dicen los ingenuos desilusionados, y vuelven a guardar el sapo que habían dejado preparado para que se lo traguen los camellos.

Como acabo de decir, en Argentina todo el mundo cree en los Reyes. No en Melchor, Gaspar y Baltasar, sino en los Reyes. Algunos le escriben a la trilogía "Dólar, Bónex, Tasas", otros a "San Martín, Rosas, Perón", otros a "Yrigoyen, Alfonsín,..." y los más reaccionarios a "Ejército, Marina, Fuerza Aérea". Después están los que creen sólo en el camello y se llevaron flor de chasco hace un mes, y los que siguiendo la más antigua tradición católica dicen que los Reyes serán tres, pero es uno solo, y vendrá en su Ferrari a repartir regalos, salariazos, revoluciones productivas y todos esos juguetes que se anuncian por la tele pero nunca son igual que en el aviso.

En fin, que mitos hay muchos, todos ellos producto de la ignorancia y la represión. Ya es hora de decir que los reyes son Freud, Lacan y Melanie Klein.

EL PEQUEÑO NICOLAS

Galería presenta hoy, en el suplemento de Reyes, una joyita de humor "para niños", El pequeño Nicolás, en su capítulo "Papá es quien decide", perteneciente al libro "Las vacaciones del pequeño Nicolás", recientemente editado por Alfaguara. Los autores: Goscinny y Sempé.

Todos los años, o sea, el pasado y el otro, porque antes es demasiado antiguo y no me acuerdo, papá y mamá discuten mucho para saber a dónde vamos de vacaciones, y después mamá se echa a llorar y dice que se va a ir con su mamá, y yo lloro también porque quiero mucho a la abuela, pero en su casa no hay playa, y al final se va a donde quiere mamá y no es a casa de la abuela.

Ayer, después de cenar, papá nos miró con pinta de enfadado y dijo:

—¡Oídme bien! Este año no quiero discusiones, ¡decido yo! Iremos al Sur. Tengo la dirección de un chalet que alquilan en Plage-les-Pins. Tres habitaciones, agua corriente, electricidad. No quiero saber nada de ir al hotel y de comer esa horrible comida.

—Muy bien, querido —dijo mamá—, me parece una excelente idea.

—¡Viva! —dije yo, y me puse a correr alrededor de la mesa porque cuando uno está contento es difícil quedarse sentado.

Papá abrió mucho los ojos, como hace cuando está extrañado, y dijo:

—¿Ah? ¡Bueno!

Mientras mamá quitaba la mesa, papá fue a buscar sus gafas de pesca submarina en el armario.

—Ya verás, Nicolás —me dijo papá—, vamos a hacer expediciones de pesca fabulosas nosotros dos.

A mí me da un poco de miedo, porque aún no sé nadar muy bien; si me colocan bien en el agua, hago la plancha; pero papá me dijo que no me preocupara, que iba a enseñarme a nadar y que él había sido campeón interregional de natación cuando era más joven, y que aún podía batir records si tenía tiempo de entrenarse.

—¡Papá me va a enseñar a hacer pesca submarina! —le dije a mamá cuando volvió de la cocina.

—Está bien, querido —me contestó mamá—, aunque parece que en el Mediterráneo no hay mucha pesca. Hay demasiados pescadores.

—¡No es cierto! —dijo papá; pero mamá le pidió que no la desmintiera delante del niño; si decía eso era porque lo había leído en un periódico; y después se puso con su calceta, una calceta que ha empezado hace montones de días.

—Pero entonces —le dije a papá—, ¡vamos a parecer dos payasos bajo el agua, si no hay peces!

Papá fue a dejar las gafas en el armario, sin decir nada. Yo no estaba muy contento; es cierto, cada vez que voy de pesca con papá pasa lo mismo: no traemos nunca nada. Papá volvió y tomó su periódico.

—Entonces —dije—, ¿dónde hay peces para la pesca submarina?

—Pregúntale a tu madre —me contestó papá—, es una experta.

—Hay en el Atlántico, querido —me dijo mamá.

Yo pregunté si el Atlántico estaba lejos de donde íbamos, pero papá me dijo que si estudiara un poco más en la escuela no haría preguntas como esa, y eso no es justo, porque en la escuela no tenemos clases de pesca submarina; pero no dije nada, vi que papá no tenía demasiadas ganas de hablar.

—Habrá que hacer una lista de las cosas que hay que llevar —dijo mamá.

—¡Ah! ¡No! —gritó papá—. Este año no vamos a irnos disfrazados de camión de mudanzas. Trajes de baño, pantalones cortos, vestidos sencillos, algún jersey...

—Y, además, tarteras, la cafetera eléctrica, la manta roja y un poco de vajilla —dijo mamá.

Papá se levantó de pronto, muy enfadado, abrió la boca, pero no pudo hablar, porque mamá lo hizo en su lugar.

—Sabes perfectamente —dijo mamá— lo que nos contaron los Blédurt cuando alquilaron un chalet el año pasado. Por toda vajilla había tres platos desportillados y en la cocina, dos tarteras pequeñas una de las cuales tenía un agujero en el fondo. Tuvieron que comprar allí, a precio de oro, lo que necesitaban.

—Blédurt no sabe arreglárselas —dijo papá. Y volvió a sentarse.

—Es posible —dijo mamá—, pero si quieres una sopa de pescado no puedo hacerla en una tartera agujereada, incluso si se llega a conseguir pescado.

Entonces yo me eché a llorar, porque es cierto eso, no es nada divertido ir a un mar donde no hay peces, cuando no mucho más lejos están los Atlánticos, abarrotados. Mamá dejó caer su calceta, me tomó en brazos y me dijo que no tenía que estar triste por culpa de los peces malos y que yo estaría encantado todas las mañanas cuando viera el mar desde la ventana de mi lindo cuarto.

—En realidad —explicó papá—, el mar no se ve desde el chalet. Pero no está muy lejos, a dos kilómetros. Era el último chalet que quedaba sin alquilar en Plage-les-Pins.

—¡Claro, querido! —dijo mamá. Y después me besó y fui a jugar en la alfombra con las dos bolitas que le gané a Eudes en la escuela.

—Y la playa, ¿es de guijarros? —preguntó mamá.

—¡No, señora! ¡Nada de eso! —gritó papá, encantado—. ¡Es una playa de arena! ¡De arena finísima! ¡No hay ni un solo guijarro en esa playa!

—¡Mejor que mejor! —dijo mamá—. Así Nicolás no se pasará todo el tiempo haciendo cabrillas en el agua. Desde que le enseñaste a hacerlas, se ha convertido en una verdadera manía.

Y yo he vuelto a llorar, porque es cierto que es fenómeno hacer rebotar los guijarros en el agua; consigo que boten hasta cuatro veces, y no es nada justo, al final, que vayamos a ese viejo chalet con tarteras agujereadas, lejos del mar, y donde no hay guijarros ni peces.

—¡Me voy con la abuela! —grité, y di una patada a una de las bolitas de Eudes.

Mamá me tomó de nuevo en brazos y me dijo que no llorara, que papá era el que más necesitado estaba de vacaciones de toda la familia y que incluso aunque fuera una birria el sitio a donde quería ir, habría que ir fingiendo que estábamos contentos.

—Pero, pero, pero... —dijo papá.

—¡Yo quiero hacer cabrillas! —grité.

—Quizás las hagas el año que viene —me dijo mamá—, si papá decide llevarnos a Bains-les-Mers.

—¿A dónde? —preguntó papá, que se quedó con la boca abierta.

—A Bains-les-Mers, en Bretaña —dijo mamá—, donde está el Atlántico, hay muchos peces y un simpático hotelillo que da a una playa de arena y guijarros.

—¡Quiero ir a Bains-les-Mers! —grité—. ¡Quiero ir a Bains-les-Mers!

—Pero, querido —dijo mamá—, hay que ser razonable, papá es quien decide.

Papá se pasó la mano por la cara, lanzó un suspiro muy gordo y dijo:

—¡Está bien! ¡Vale! Ya lo he entendido. ¿Cómo se llama tu hotel?

—Bella Orilla, querido —dijo mamá.

Papá dijo que bueno, que iba a escribir para ver si aún quedaban habitaciones.

—No vale la pena, querido —dijo mamá—, ya está hecho. Tenemos la habitación 29, frente al mar, con cuarto de baño.

Y mamá le pidió a papá que no se moviera, porque quería ver si el jersey que calcetaba le iba bien de largo. Parece que las noches son frescas en Bretaña...

HUMOREP





Creo, queridos amiguitos, que ha llegado la hora de terminar con los viejos mitos que no tienen espacio en estos tiempos modernos, a sólo 9 años del dos mil (o nueve años y una hora, según la provincia en la que estemos). Así que, pequeños, lo mejor es cortar por lo sano y avivar a papito y a mamita, decirles que los Reyes no existen, que no son los padres (vale decir que ellos, papito y mamita, son ciudadanos comunes, sin atribución monárquica alguna). Eso sí, querido lectorcito, lo mejor será decírselo el lunes (por lo del regalo, vieron).

Hasta el sábado, niños!!

RUDY

CHIVITO:

Luego de una etapa de madura adultez, Carlos Guarnerio vuelve a la adolescencia *Haciéndose la del monólogo*. Los sábados a las 23.30 en El Bululú, Rivadavia 1350, entrada gratis, y a la salida, si no te gustó te devuelven la plata; y si te gustó, te piden.